

La Granada de Francisco Ayala



fundación FRANCISCO AYALA

El paraíso: Ayala en Granada 1906-1922

«Aunque solo he pasado en Granada los primeros dieciséis años de mi vida siento que soy muy radicalmente granadino en la rara mezcla de despego y nostalgia que compone mi actitud hacia la ciudad.»

«Mientras que mi padre, atenido a un concepto muy puntilloso del honor, podía tenerse por modelo de caballeros, la delicadeza moral de mi madre era en ella casi como un instinto maravilloso (como un perfume sutil, diríase).»

«A la colección de lienzos de tonalidades oscuras –algunos incluso tétricos–, obra de los maestros del Barroco, aportados por mi padre, vinieron a juntarse en las paredes de mi casa los que mi madre había pintado durante su juventud con los colores claros y la luminosidad del impresionismo.»

«Retrospectivamente, me veo jugando horas enteras a la pelota en el patio de aquella casa, el número 18 de San Miguel Baja.»

«Casi todos los días me hacía mi padre leerle en el periódico (el *Noticiero Granadino*, si mal no recuerdo) los telegramas con informaciones de la guerra, una lectura salpicada de nombres extranjeros y términos militares para mí incomprensibles, que me aburría muchísimo; pero no había modo de escapar a la ordalía.»

«Baste repetir que mi paso por la segunda enseñanza en el Instituto de Granada corresponde a un período de mi vida

marcado en el recuerdo por la sensación de una creciente plenitud.»

«Un primo mío de mi misma edad [...] me tomó aparte y, con sus maneras medio imperativas medio misteriosas, me conminó: “Ven, que vamos a ir a La Montillana”. Sin preguntarle nada, lo seguí. Cruzamos, y nos metimos en la taberna, donde actuaba en aquellos momentos una cupletista que, vestida de hombre, simulaba ser un muchacho tímido, afeminado.»

«Cuando mi familia se disponía a trasladarse a Madrid en procura de mejor suerte, mis padres me llamaron a capítulo —dieciséis años tenía yo, y estaba terminando el bachillerato— para decirme que el padrino les había propuesto hacerse cargo de mí; que me daría carrera y me legaría algo de capital a la hora de la muerte —una especie de adopción en lugar del hijo perdido—; pero que ellos, mis padres, no querían decidir nada; dejaban que decidiera yo lo que más me convenía. Lo pensé, y resolví irme con mis hermanos a Madrid.»

«La Manigua era el antiguo barrio de la prostitución. (¿De dónde le habría venido ese apodo? ¿Acaso del tiempo en que allí pulularan los repatriados de la guerra de Cuba?) Constituía una especie de reserva, tras del Embovedado, un gueto prohibido, al que solíamos entrar, en grupo, los niños del Instituto para recibir por las tardes algunas lecciones —teóricas— de sexualidad cuando las sórdidas callejuelas hervían de soldados...»

Retornos: Ayala en Granada 1960

«Cuando, tras del largo exilio, volví a España hacia 1960, quise visitar los lugares de mi infancia. Casi medio siglo había transcurrido desde que por última vez viera mi ciudad natal. Salió mi familia de Granada siendo yo un chico a punto de terminar su bachillerato, y desde entonces nunca más había estado allí.»

«Regresé, y todo seguía igual; todo respondía y se ajustaba en seguida a la imagen de mi recuerdo.»

«Granada apenas si había cambiado durante ese medio siglo de mi ausencia; era todavía, continuaba siendo, la Granada de mi niñez.»

Retornos: Ayala en Granada 1977, 1983, 1985

En enero de 1977 Francisco Ayala vino a Granada para dar dos conferencias: una en la Facultad de Letras, gracias a la invitación del profesor Emilio Orozco; y otra en el Banco de Granada, que patrocinaba la estancia. Era su segunda visita a la ciudad desde su remota juventud, pero resultó muy diferente a la de 1960: Ayala regresaba ahora a una Granada más moderna, ya en transición hacia la democracia, para las que eran sus primeras intervenciones públicas en su ciudad natal. En el tiempo libre, sus pasos se encaminaron hacia el Albaicín, la Alhambra y los santos lugares de su infancia para vivir un reencuentro más íntimo con la ciudad.

* * *

La publicación del primer volumen de las memorias de Francisco Ayala, *Recuerdos y olvidos*, propició un encuentro en 1983 con familiares granadinos descendientes de su padrino, Pedro Arroyo Pineda, con quienes compartió mesa en la antigua casa de este, en la calle San Jacinto. En este viaje Ayala recibió un homenaje de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de Granada, e hizo costumbre de las visitas a los lugares de la ciudad que resultan significativos en su vida y en su obra literaria.

* * *

Cuando Francisco Ayala estudiaba el bachillerato en Granada, solía subir con un libro a la Alhambra: «me sentaba en el

banco de piedra del palacio de Carlos V; apoyada la espalda en los bruñidos bajorrelieves, y distraído a ratos con el rumor del agua, con las aves que cantaban ocultas o surcaban el cielo tan azul, mis ojos volvían después a las páginas del libro, sin prisa». En la casa de sus familiares, en Cájar, pudo revivir en 1985 un verano de su adolescencia: el alegre viaje desde Granada con sus padres y hermanos en un coche de mulas, el recuerdo de una acequia que atravesaba el huerto...; y comprobar que buena parte de ese pasado aún se conservaba.

Retornos: Ayala en Granada 1987, 1990, 1994

Desde el balcón del Ayuntamiento, en la plaza del Carmen, Francisco Ayala presenció la procesión del Corpus de 1987. Tras recibir la medalla de oro de la ciudad, dio lectura al pregón de las fiestas, donde destacó la profunda huella que deja en el ser humano el paisaje materno, «base primaria de la formación cultural», pues «esa primera fase de la existencia humana, niñez y adolescencia, cuando los ojos se abren a la luz del día y se despiertan los sentidos a los más vigorosos estímulos de la vida, queda grabada indeleblemente en el carácter, en la sensibilidad y en el fondo secreto del alma». Tuvo tiempo también para disfrutar con su familia del ambiente festivo del centro de la ciudad y del encanto de una todavía solitaria Alhambra.

* * *

En abril de 1990 Francisco Ayala visitó de nuevo Granada, invitado por la Biblioteca de Andalucía a la inauguración de su sede provisional en el Colegio de Niñas Nobles; aquí, donde había estado de párvulo, le asaltó nada más entrar al patio una «extraña, rara, honda sensación la de este reconocimiento al cabo de casi ochenta años». Este viaje le deparó otra grata sorpresa, la de poder acceder al Carmen de la Cruz Blanca, en el Albaicín, donde Ayala, de niño, vivió por un tiempo con su familia.

* * *

En mayo de 1994 Francisco Ayala fue investido doctor *honoris causa* por la Universidad de Granada en una ceremonia celebrada en el Hospital Real, sede del Rectorado. Su abuelo materno, el médico Eduardo García Duarte (1830-1905), fue catedrático en esta Universidad durante casi medio siglo, y desempeñó el cargo de rector entre 1872 y 1875. En esta misma visita el autor recibió un homenaje en el IES Francisco Ayala, que había adoptado su nombre el curso anterior.

De vuelta en casa: Ayala en Granada 2006, 2007, 2009...

Durante 2006 Francisco Ayala tuvo la oportunidad de participar en los actos de celebración de su centenario, convertido en un clásico vivo. En febrero recibió la distinción como hijo predilecto de la provincia de Granada, y se le impuso la medalla de oro de la provincia. En el mes de julio se celebró en la Escuela de Arquitectura Técnica de la Universidad de Granada un congreso internacional sobre su obra y su figura, y se inauguró en el Hospital Real la exposición «Francisco Ayala. El escritor en su siglo», que más tarde se mostraría también en la Biblioteca Nacional de España.

* * *

En marzo de 2007 Ayala participó en la inauguración de la Fundación que lleva su nombre en el palacete de Alcázar Genil de su ciudad natal, en cuyos jardines, bajo un limonero, quedaron depositadas sus cenizas poco después de su muerte, en 2009. La Fundación Francisco Ayala, creada en 1998, tiene por objeto custodiar el legado creativo, intelectual y material del autor, y promover el estudio y la difusión de su obra como precursor de la renovación de la prosa española de vanguardia, la narrativa y el ensayo del exilio, el pensamiento social y la teoría y la historia literarias.

Granada en la literatura de Ayala

En el centro, bajo la balaustrada de macetas floridas, la fuente redonda, casi a nivel del suelo, con su surtidor; y junto a ella, tendido en el suelo también, el aro de juguete, azul y rojo, que una niña ha dejado caer. Dos círculos, el aro y la fuente, uno más pequeño y el otro bien grande, tendidos ambos sobre la arena. Los veo como círculos, pero al mismo tiempo me doy cuenta de que en realidad su forma es oblonga; la mano que los trazó en el lienzo supo –cuestión de perspectiva– invitar así a la ilusión del círculo.

«Nuestro jardín», *El jardín de las delicias*

De rodillas junto al catre, en el rostro las ansias de la muerte, crispadas las manos sobre el mástil de un crucifijo, aún me parece estar viendo, escuálido y verdoso, el perfil del santo. Lo veo todavía: allá en mi casa natal, en el testero de la sala grande. Aunque muy sombrío, era un cuadro hermoso con sus ocre, y sus negros, y sus cárdenos, y aquel ramalazo de luz agria, tan débil que apenas conseguía destacar en medio del lienzo la humillada imagen...

«San Juan de Dios», *Los usurpadores*

Mi abuelo era un profesional, un hombre de carrera y, por lo demás, un *self-made man*: no un aristócrata. De otra especie era su nobleza. Médico y profesor de la facultad, se había sabido labrar una posición eminente con su solo esfuerzo. Pero, por encima de tales méritos, era ante todo un caballero.

«Retrato de un caballero», *La niña de oro y otros relatos*

«¡Tanta hermosura, duele!», te oí decir. Y cuando, un poco sorprendido, me volví a mirarte, vi correr lágrimas por tu cara. [...]

Era otoño. Estábamos pasando algunos días en mi recuperada tierra granadina. Habíamos subido a la Alhambra y, olvidados, paseábamos por los jardines del Generalife, bordeando los arriates de arrayanes, junto a los macizos de flores, alrededor de las fuentes, bajo un cielo de azul perfecto, sin otro ruido que el continuo rumor del agua y algún gorjeo del pájaro que tal vez ha saltado de una rama a otra.

«Lloraste en el Generalife», *El jardín de las delicias*

Después de habernos hecho contemplar los diseños y colores maravillosos de la extática mariposa, invierte con mano delicada el coleccionista su pequeño sarcófago de cristal para mostrarnos otra maravilla: por el reverso, las alas simulan una hoja seca, con sus tonos ocres, sus nervaduras, y hasta –alarde virtuoso de la naturaleza artista– esas manchitas de moho y esos agujeritos del follaje otoñal.

«Mímesis, némesis», *El jardín de las delicias*